

RICARDO PEREZ ALFONSECA.

*Palabras de mi madre
y otros poemas.*

MONTALVO.—Editor.

Sto. Domingo, R. D.

1925.



940

RICARDO PEREZ ALFONSECA.

**Palabras de mi madre
y otros poemas.**

*Dr. Ferrer y el Plan
Stadon.*

MONTALVO.—Editor.

Sto. Domingo, R. D.

1925.



31229

Publicaciones anteriores.
(Versos)



Mármoles y Lirios,
en Santo Domingo, 1909.

Oda de un Yo,
en París, 1913.

Finis Patria,
en Santo Domingo, 1914.

Canto a la Independencia,
en Santo Domingo, 1916.

BN
RD 861.4
P438p
e.2

UN BENJAMIN.

He aquí que habita en París quien es de seguro el Benjamín de los poetas hispanoamericanos: el dominicano Ricardo Pérez Alfonseca. Me refiero a los poetas que han publicado libros o *plaquettes*, pues, inéditos, conozco, tanto en España como en América, poetas y poetisas mucho menores que el delfín de Rostand, príncipe de Cambo.

Estos casos de precocidad literaria no son raros como en Jacqueline Pascal o en Victor Hugo. De mí sé decir que a los diez años ya componía versos, y que no cometí nunca una sola falta de ritmo. Cuestión de *don* natural musical. Maurice Rostand, a quien ciertas gacetas han tratado con excesiva acidez, porque tiene dinero y es porfirógénito, es un joven poeta que escribe versos muy agradables, digno hijo de su padre, que es un apononida y de su madre, que es una musa. Sólo que se encontró la celebridad ya hecha en una casa en que es de uso cotidiano la felicidad.

Ricardo Pérez Alfonseca tendrá mas o menos la misma edad de Maurice Rostand. Ha nacido en la República Dominicana y reside en París desde hace algún tiempo. Cuando publicó en su país su primera colección de poesías, *Mármoles y Lirios*, un notable poeta, compatriota suyo, Gastón F. Deligne, le decía, entre otras cosas: «Las dotes de comprensión, asimilación y adivinación psicológicas que, a tan corta edad como la suya, pone de manifiesto su libro, y ese hábito personal, y ese ambiente propio que se deslizan a través del

mismo, me infunden la lisongera esperanza de que la precocidad de usted no será como la de ciertas plantas que, luego de abrir en floraciones multifolias, se agotan en minúsculas, casi imperceptibles estrellitas, sino que, fundadamente, deberá ser una precocidad como la de Mozart, D'Annunzio o Menéndez Pelayo, disparada hacia inminente y pleno desarrollo. ¡Sea cuanto antes!» Y luego: «Ello, pues, el *saber hacer*, el instinto de que el ritmo puede modular inusitadas cadencias dentro de los moldes conocidos sin obtener artificialmente combinando renglones caprichosos; la laudable sobriedad en la expresión de los pensamientos; las anticipaciones de justeza intelectual, hacen de su libro una agradable lectura.

Y me sirven de fundamento para esperar que el nombre de usted llegará a ser una de las prominencias de esas como cordillera ideal en que se empuja cada nación para hacerse ver a distancia».

El entusiasmo de Deligne es de lo más legítimo. Es el que se tiene cuando se siente gozo y esperanza, cada vez que uno se encuentra con un nuncio de buenas nuevas, con un *enfant sublime*.

Yo he leído esos primeros versos de este tan joven poeta y me hacen pensar a la inmediata en la diferencia que hay entre el estado de alma de los infantes de hoy y el de los de mi generación y los anteriores del romanticismo acá.

Cuando, niño aún, yo comencé a escribir versos, la inspiración iba por la limitada selva de Núñez de Arce, por los vastos dominios de Zorrilla, por el jardín de Becquer, por las heredades de Campoamor, todo bajo la sombra de la montaña de Hugo; mas, sin mayores complicaciones y siguiendo un rumbo casi tradicional. En cambio hoy... Este primigenio breviario íntimo supone el conocimiento de la creación wagneriana, el simbolismo, la obra del Imaginífico, nuestra revolución mental americana, Lugones:

«Columna de silencio y de ideas andante eres»; el versolibrismo, la transformación de los modos en España; y todo lo que hasta ahora hemos logrado en el reino de la palabra musical.

El efébo aedo celebra sus adoraciones con manera, si a veces inexperta, siempre suntuosa y armoniosa. Hay cosas que

simplemente las adivina, pues se tiene entendido que cuando ha escrito tales estrofas está en la adolescencia, y no ha salido aún de Santo Domingo de Guzmán, la ciudad ardiente en las lejanas antillas. Ciertamente es que allí han brotado en época reciente escritores como Américo Lugo, Galvan y otros; poetas de la prosa y el verso como ese encantador Fabio Fiallo, Deligne, Cestero, y precursores de la talla de la ilustre señora Ureña de Henríquez. Mas, con todo, el caso de este espíritu tan precoz, llama vivamente la atención.

Muy natural es que al leer algunas de sus estrofas, reconozcáis tal preferida influencia, tal parentesco, tal origen ideal o formal; ello suele advertirse en líricos mayores y de producción más copiosa.

De un próximo libro que he tenido ocasión de conocer, voy a citaros algo, ligero y delicioso: *Crepúsculo*.

El cisne de nieve
sobre el agua queda,
cristalina y leve
sueña, sueña en Leda.

Cae, y el agua mueve,
de entre la arboleda,
una lluvia breve
de rosas de seda.

Penumbra. Misterio.
No ser. Cementerio.
Claridad de luna.

Sobre la laguna
perfume halagüeño.
Una flor. Ensueño.

Ya notareis que en esta fina «fiesta galante» prevalece el concepto de la música: *de la musique avant toute chose*. Y no por ser tan espontáneo es menos sabio y bello. El poemita es

todo de insinuaciones. Se diría que se desliza como una libélula.

Impregnado de savias de vida y lleno de deseos juveniles, había ya en su primer florilegio consagrado al amor, este poético page, una delicada *suite* toda compuesta de sonetos libres cual los que prefirió el admirado español Villaespesa, y de un gusto por otra parte, muy italiano. Por ejemplo, el que empieza:

Tu amado soy, el que por vez primera
cantó en sus versos tu gentil belleza,
y en tu cálida boca de faunesa
bebió carmín de rosa en primavera.

Es, pues, Ricardo Pérez Alfonseca, un benjamín que conoce los secretos de su aurora interior, y que, seguramente, en el mundo del arte, dará a su Patria orgullos de gloria. Y él sabe bien que el arte es largo y que la vida es breve.

En medio de mi voluntario aislamiento en esta selva humana, la visita de este prematuro soñador me es grata, porque jamás me ha traído una tristeza, un desengaño, una idea oscura ni un bajo sentimiento. Siempre ha sido digno de su edad en flor, y no ha mostrado esas desesperanzas ni esas secas filosofías de última hora que suelen ser hoy patrimonio de almas apenas púberes. Su sentido moral no ha sido contaminado por las flaquezas de París. Es una buena fortuna: así, su obra será, por de pronto, sana, fresca, natural... Ya tendrá tiempo para sufrir con venideros conocimientos y experiencias amargas.

He explicado repetidas veces mi sentir respecto a los estímulos que se deben a la juventud, y no me cansaré de persistir en tal manera de pensar; y he de hacer, con convicción, mi ademán de aliento cada vez que encuentre un artista joven, generoso y brillante como Ricardo Pérez Alfonseca.

Rubén Darío.

París, Diciembre 1910.

(De *La Nación*, de Buenos Aires).

PALABRAS DE MI MADRE.

IN MEMORIAM

1925.



BIN
PIT

I

Piensa, cuando te hiera una mano homicida
que si una mano hiere es porque ella está herida;
que por eso el mas justo modo de castigarla
es tomarla en en las tuyas, dulcemente, y curarla.



II

Viajero, cuando sientas entre tus manos mística
la flor que en el camino se te ofreció fragante,
no te detengas para llorarla con angustia,
espera encontrar otra mejor mas adelante.

III

¿Que hay quien a la puerta de tu casa ha llamado
y encontró vino y pan, también sueño sereno,
y no lo agradeciera? Qué importa, si te ha dado
la divina ocasión de tú haber sido bueno.



IV

Lo grave de la vida no es que uno esté triste,
y esté desencantado,
sino la certidumbre total de que no existe
sobre la tierra nadie que no sea desgraciado.

V

Seamos cual la rosa que anhela ser amada
con el ingénuo orgullo de su gama y su aliento,
sabiendo, sinembargo, que será deshojada
apenas entreabierta por el áspero viento.



VI

Lo que necesitamos no es tanto ser amados
cuanto que no nos falte jamás a quien amar;
ni es la satisfacción de mirar realizados
los ideales, sino tener un ideal.



VII

Dejamos nuestra casa para buscar afuera
la dicha que en la casa dejamos ignorada;
después lo comprendemos con el alma angustiada,
mas, cuando regresamos, ya se ha muerto de espera.



VIII

Alabado sea el árbol, pues éste nos ampara
bajo de su follage si hace sol o si llueve,
y en el invierno deja caer sus hojas para
defender nuestros pasos de la pérfida nieve.

IX

No sufras porque corten tus rosas, jardinero;
ser cortadas es propio de las mas bellas rosas.
Por eso debe serte tan sólo lastimero
que las espinas hieran las manos envidiosas.



X

Tan solo de ella misma nuestra alma está rodeada;
nuestro propio valer damos a toda cosa;
y, así, ningún encanto de mujer o de rosa
hay en rosa o mujer sino en nuestra mirada.



XI

Queremos ser felices, pero nos olvidamos
que sólo puede serlo aquel que es todo bueno.
Y pobres jardineros una flor lamentamos
que no tendremos nunca por falta de terreno.



XII

Siempre ocurre lo mismo: nuestra mano se inclina
y así toma una rosa que la hiere y perfuma;
después la flor se mística y el perfume se esfuma,
y tan sólo nos queda la herida de la espina.



XIII

Si aquella a quien esperas todavía no ha venido
la tendrás a tu lado con tan sólo esperarla;
y si acaso ha llegado y después ha partido
la seguirás teniendo con sólo recordarla.



OTROS POEMAS.





A una parisiense.

Pienso en tus bondades,
aurora de oro
de mis tempestades
primeras, y lloro.

Lloro de tormento
siempre, al recordarte,
que oír tu lamento
no supe, ni amarte.

Tú que me decías
que en la vida artera
mi amor sólo era
lo que tú tenías.

Y mía sin tasa
fuiste, mi amorosa,
tal como la rosa
del viento que pasa.

En tu puro anhelo
parearme quisiste,
pero no pudiste
seguirme en el vuelo.

Y el ciclón de vida
me arrastró adelante:
tú, quedaste herida,
y yo, quedé errante.



Fatalidad.

Meditación al borde de nuestro propio abismo,
queriendo hacernos buenos, intangibles al mal:
dar formas al instinto es pretender lo mismo
que la luna se apague o que se seque el mar.

Oh, vanidad!, no rijo la nave de mi vida:
por mas esfuerzos que haga no podré conseguir
ni retardar la hora fatal de su partida,
ni aminorar la carga que habrá de conducir.

El estanque.

Buscando suavidades que embalsamen la herida
de amor que me causaron unas manos discretas,
veré caer las hojas en el agua aterida
que el poniente decora con marchitas violetas.

Y al pensar que el estanque, ahora grave y velado,
encenderá la aurora con ardientes colores,
mi corazón, ahora tan triste y lacerado,
confiará en la ventura de próximos amores.



A una amiga.

Le vrai sage est celui qui fonde sur le sable...

Henri de Regnier.

No importa que tus pobres ensayos de ventura
tuvieran el destino del humo oscurecido;
ni consiste, tampoco, la celeste cordura
en no hacer nada porque todo ha de ser perdido.

Lo que importa es fundar sobre la arena,
arar en el océano y hablar en el desierto,
sabiendo que hasta el mismo amor es tan incierto
como las nubecillas de una tarde inserena.

A un álamo.

Álamo generoso y taciturno
que sombras el patio de mi casa;
yo que sobre la tierra de los hombres
inmensamente vivo, y amo y canto,
al fin habré de estar bajo la tierra
como están tus raíces.

Y he aquí que el mundo apenas
con ello perderá lo que tu pierdes
cuando, de tu follage renovable
cáe al suelo una hoja.



Elegía.

He perdido mi alma.
Huyó de mí al ver que yo tenía
una idea mezquina y un oscuro
sentimiento. Y, así perdí mi alma.

Ahora yo quisiera consolarme
de esta pérdida única,
haciendo lo que hacen quienes pierden
su mas dulce beldad: llorarla siempre.
Mas, el alma es la fuente de las lágrimas,
y he perdido mi alma.



Crepúsculo.

El cielo se imprecisa. La arboleda
se torna inmóvil, negligentemente.
Pasa una golondrina, temerosa
de ofender con su vuelo imperceptible
este sosiego unánime.— Parece
que sobre el césped está orando el viento.
El mar allá a lo lejos se extasía.
Y yo con la cabeza entre las manos
desorientado. Y he aquí la noche.



Nocturno.

Al claro de la luna
está la villa conmovida y blanca,
lo mismo que una novia
cuando penetra en la nupcial estancia.

Y el silencio es un ángel que transita
de rodillas, el índice en los labios,
por las calles desiertas y confiadas
a la sólo vigilia de los astros.

La noche está tocada de un encanto
infinito y sin nombre,
y parece, que, para contemplarla,
hasta Dios está insomne.

Mientras enfrente de la blanca página,
que es cual mano de niña no besada,
sigue el poeta inmóvil y añorante,
y la página blanca sigue intacta.



Por unos ojos.

Dios mío: que los ojos de esta niña
rubia, dulce y gentil como una estrella,
sigan viendo este mundo cual campiña
florida expresamente para ella.

Haz que no adviertan nunca
la mano del dolor que el llanto enhebra,
que nuestra torre de ideales trunca
y el vidrio azul de los ensueños quiebra.

Mas, que miren, Señor, cómo depende
en nosotros la angustia o la ventura,
de que sus ojos, que el amor enciende,
nos miren con desdén o con dulzura.

Que siempre, como ahora,
todo lo que ellos miren sea fortuna,
como la alondra el tiempo de la aurora,
y el ruiseñor la hora de la luna.



Gaviotas colombinas.

Gaviotas anunciadoras
de Nueva York,
¡oh, gaviotas colombinas!,
¡gracias a Dios!

Pues va el buque dando tumbos
como un beodo,
y el viento silbando en torno
como un demonio.

El cielo está enfurecido
como avaro a quien engañan;
y llueve. Los pasajeros
se quejan, rabian.

Y ya estoy hartó cansado
De tanto oír este diálogo:
—Señor, la mesa está puesta.
—¡Vaya dígaselo al Diablo!



Enriquillo y el Bahoruco.

A Guaroa Velázquez.

Allí están las montañas del Bahoruco, todas coronadas de nubes como en traje de bodas.

El sol pone sus rayos de flechas luminosas en las nubes, cual besos que se volvieran rosas.

Hasta que al fin, lo mismo que de una nupcial frente cúa, ya inútil, el velo, involuntariamente

las nubes, con el viento, se van: la cordillera, entonces, aparece precisa, dura, entera.

Y entonces, las llanuras que a los pies de esos montes vastamente se extienden hasta hacer horizontes,

adverten una breve teoría de figuras fantásticas, que ganan las máximas alturas,

tal una cordillera sobre otra superpuesta.
¿Quiénes son? ¿Redivivos titanes que su gesta

renuevan, y al Olimpo nueva guerra demandan?
¿Son condores que vuelan? No, son hombres que andan.



Restos de aquella raza color de tierra buena
como la de su isla llena de oro, llena

de sol, que la Conquista, cual huracán de engaños,
abate en una noche de veinte y cuatro años.

Y esos restos de esclavos al fin se alzan del suelo,
cual si se alzarán altos de la tierra hasta el cielo,

cansados en la espera de que en la noche aquella
el Derecho brillara lo mismo que una estrella.

Y esto acontece al modo que en el vasto desierto,
espectáculo inmenso, e inmensamente muerto,

se levanta una nube de arenas, una nube
de muerte que se extiende, que transita, que sube,

tal como una montaña errante y destructora
demandándole lluvias a la estéril aurora

Tal llegan estos hombres adonde la neblina
se impone en los momentos en que el sol no domina.

La bravura y la altura parecen en litigio;
montañas y hombres forman, por cósmico prodigio,

seres fenomenales todavía sin nombres:
hombres con pies de montes, montes con cimas de hombres.

Cada una llanura, ojo maravillado,
contempla las montañas que se han transfigurado,

y por cima de todas, a una que es señora,
a una que es el núcleo de aquella cordillera:



Enriquillo!.. Las aves revuelan con asombro
al ver aquellos hombres que sin ala en el hombro

ni el talón, ascienden, envueltos entre lumbres,
como arcángeles, hasta las conmovidas cumbres.

Y él dice, todo lleno de fervor: «Ygi aya
bongbe», y sucede como cuando la lluvia estalla:

todas esas llanuras se estremecen de gozo,
al modo de una novia cuando llega el esposo.

Y el sol, inmóvil sobre la gloria de aquel acto,
es lo mismo que el ojo de Dios, estupefacto.

(1923.)

